

DOS HISTORIADORES DE DURANGO: JOSÉ FERNANDO RAMÍREZ Y JOSÉ IGNACIO GALLEGOS

ERNESTO DE LA TORRE VILLAR
UNAM

José Fernando Ramírez

EL SIGLO PASADO fue rico en logros historiográficos. Centuria de crisis, de revoluciones, golpes de estado, invasiones extranjeras reveladoras de asentamientos sociales, ajustes económicos y convulsiones políticas efectuadas tanto internamente como en el exterior, sus testigos conscientes, esto es, sus historiadores, nos legaron vivos testimonios del acontecer general del país, del estado que la república guardaba. Convencidos que su presente se hundía en el pasado, trataron de explicarlo, reconstruirlo para entender su hora y para dar a la nación que se debatía en el caos una conciencia de su ser. La historiografía mexicana hasta el año de 1870 gira en torno de esa idea y los esfuerzos de nuestros historiadores tenderán de acuerdo con su peculiar circunstancia a explicarnos el presente a base de la concepción pretérita que poseían.

Si alguna disciplina hubo entonces que se pudiera llamar como hoy la llaman comprometida, esa fue la historia. La mayor parte de los historiadores de aquella época fueron hombres comprometidos. Eran estadistas de recio carácter y grandes virtudes cívicas, repúblicos de visión histórica que al tiempo que formaban al país le dotaban de clara conciencia.

Uno de esos hombres, del que venimos a ocuparnos, fue don José Fernando Ramírez, nacido en Parral, Chihuahua,

el 5 de mayo de 1804 y cuya muerte ocurrió en Bonn, Alemania, el 4 de marzo de 1871.

Apreciado por los estudiosos, admirado por su laboriosidad, espíritu generoso y proceder honesto como funcionario, José Fernando Ramírez mereció el elogio de sus contemporáneos y posteriormente de cuantos se han ocupado de reseñar su vida y obra. Alfredo Chavero, quien gozó su amistad y libros, le denominó "el primero de nuestros historiadores" por sus conocimientos, saber y constancia, aun cuando no hubiera escrito una obra integral sobre México. Miembro distinguido del grupo de historiadores del que formaban parte Manuel Orozco y Berra, Joaquín García Icazbalceta, José María Andrade y Alfredo Chavero, Ramírez fue respetado, oída con atención su palabra y alabado por su espíritu de servicio y por compartir libros y ciencia. Luis González Obregón, con su meticulosidad característica, publicó en 1898, como prólogo a las *Obras* de Ramírez editadas por Victoriano Agüeros, la más amplia bibliografía que se conoce, para la cual aprovechó informes proporcionados por los descendientes de don José Fernando, amplia correspondencia con diversas personas y unos apuntes autobiográficos. De esa bibliografía deriva toda la información posterior que sobre él se emplea y nosotros no somos ajenos a ella. El cronista de la ciudad de México le llamó "ilustre mexicano que figuró en la tribuna, en el magisterio y en la política, ya como abogado postulante produciendo informes luminosos, ya como representante del pueblo desempeñando comisiones laboriosas, ya como magistrado pronunciando sentencias juiciosísimas, ya como historiador, arqueólogo, literato, o como bibliófilo incansable, escribiendo disertaciones y disquisiciones que hoy día son luz brillantísima para iluminar las densas tinieblas que envuelven el pasado de la patria historia".

Años más tarde, en 1901, un espíritu suficientemente crítico, menos apegado al análisis que González Obregón, con un vasto sentido de la síntesis, escribía: "Ramírez fue un hombre de estudio —bibliófilo, anticuario e historiógrafo. Se extravió en la política por azares del tiempo en que vivió, y fue un estadista honrado, concienzudo, pero mediocre.

Había nacido para las bibliotecas, para las expediciones arqueológicas, para los claustros universitarios, y no era de su gusto tramar intrigas o dirigir negociaciones. Siempre que, por deber o por amor propio, aceptó puestos públicos, lejos de conservarlos, procuró buscar coyunturas para una dimisión honrosa. Con voluptuosidad casi femenil sentía el halago, cuando se le ofrecía una cartera; pero tenía mayor placer en rehusarla o demostrar su desapego retirándose con premura”.

Carlos R. Menéndez, en 1926, al editar los apuntes del *Viaje a Yucatán* que a fines de 1865 realizó Ramírez acompañando a la emperatriz Carlota, le califica además de benemérito, de “modesto esteta” tal vez por las apreciaciones que acerca de los monumentos de la península escribió y también le llamó “laborioso e incansable anticuario”. En lo demás sigue a González Obregón.

Más recientemente Antonio Castro Leal al prologar la reedición de *Fray Toribio de Motolinia y otros estudios* calificó a José Fernando Ramírez como uno de los grandes historiadores mexicanos, “el más grande de su tiempo, aunque —como sucede a tantos hombres notables de nuestro siglo XIX— la obra que nos dejó no representa más que una pequeña parte de la que hubiera podido realizar a no participar tan activamente en la vida política, administrativa y jurídica del país. Sin embargo, lo que nos dejó es digno de ser estudiado cuidadosamente, porque no hubo punto que tocara —lo mismo una biografía de unas cuantas líneas que un estudio de cuerpo entero, como el de Motolinia— en el que no haya contribuido a aclarar los hechos o a dilucidar las ideas”.

En estos días otro de nuestros colegas, Andrés Henestrosa, al ocuparse de Ramírez, le llama sabio y dice: “representa otro caso del gran deseo de aprender, de reunir libros, de coleccionar papeles y todo documento que permita la redacción de la historia verdadera de México. . . . Todo lo leyó, lo anotó, lo verificó y puso en su marco correspondiente. Sin descanso alternó las tareas del jurista y las del intelectual y escritor. La suma de papeles que revisó es enorme. Igual cosa ocurre con lo que pudo dar a luz. Mucho sin embargo, quedó iné-

dito; otro tanto extraviado o destruido o todavía en manos avaras que no lo ofrecen para su publicación y conocimiento”.

Estas opiniones coincidentes revelan no sólo unanimidad en la apreciación de las virtudes humanas que adornaron a Ramírez, sino juicios objetivos acerca de su obra, en la cual sobresale, como afirma Castro Leal, “su devoción por la verdad, su enorme capacidad de trabajo y su juicio equilibrado y luminoso”.

Su vida, llena de incidentes, tuvo dos grandes preocupaciones que la colmaron hasta los últimos momentos. La primera: su afán de servicio, mostrado en su actividad política como estadista en la que fungió como secretario de gobierno, presidente del Tribunal Mercantil, director del *Periódico Oficial*, diputado por Durango ante el congreso federal, senador de la república, ministro de la Suprema Corte de Justicia, ministro en dos ocasiones de Relaciones Exteriores, miembro de la Junta de Notables en 1843; presidente de la Junta de Industria, consejero de estado en 1846, rector del Colegio de Abogados y finalmente, bajo el imperio de Maximiliano, ministro de Relaciones y presidente del Consejo.

Su segunda gran preocupación fue la de la cultura, la del hombre de estudio, para lo cual tuvo que desempeñar los puestos de presidente de la Junta de Instrucción Pública, conservador y director del Museo Nacional, presidente de la Academia Imperial de Ciencias y Literatura, presidente de la junta directiva de la Academia de Bellas Artes, director del *Periódico Oficial de Durango* y de *El Imperio de la Ley*, redactor de *El Fénix* y colaborador de *El Museo Mexicano* y otros más. Reorganizador del Ateneo en 1843, le impulsó con vehemencia.

Como hombre público, político y estadista llegó a ocupar, gracias a su prestigio profesional, honorabilidad, convicciones firmes y cumplimiento escrupuloso de sus obligaciones, puestos tan relevantes como los ya mencionados. Formó parte de varios congresos, algunos constituyentes como el de 1842, y colaboró en la redacción de las Bases Orgánicas de 1843. Tuvo a su cuidado la elaboración de varios códigos federales y del penal del estado de Durango. Relacionado con los gru-

pos de intelectuales más distinguidos y con los políticos más destacados del momento a quienes trató a fondo como Couto, Baranda, Trigueros, Reyes Veramendi, Lafragua, Almonte, Quintana Roo, Tornel, Rejón, Otero, Alamán, Payno, Gómez Farías, Santa Anna, con quienes colaboró o de quienes disintió, fue respetado y estimado, pues no tuvo que depender de la administración pública para subsistir. Hombre de recursos económicos suficientes, complacía se le considerara como aristócrata, entendiendo esta calidad no como calificativo superfluo, intrascendente, ligado a la vanidad personal, sino como rango que implicaba la posesión de virtudes sobresalientes.

Militó en el campo liberal pero estuvo alejado de las facciones que destrozaban a la república, pues consideraba que los extremistas, en vez de mejorar la situación y sacar al país de la anarquía en que se debatía, agravaban sus males. Por esa razón las críticas que dirigió a los miembros de los partidos contendientes fueron punzantes, duras y en ocasiones sumamente graves. Aun cuando participó en la administración de Gómez Farías a quien llamó: "fanático político de tan buena fe", consideró que en ocasiones su actuación, como la de Otero, fue demagógica.

Pese a esa recriminación, Ramírez no desconoció el gran valor político de don Valentín, su integridad y temple. Por ello, al describir una de las crisis políticas más graves del año de 1847, la que preludió la rebelión de los polkos, acerca del patriarca de la Reforma emite un precioso y acertado juicio: "Él conoció en esta parte su misión y la desempeñó con tal dignidad y valentía que se ha hecho admirar de sus mismos enemigos adquiriéndose con ellas no pocos amigos y admiradores. Farías, privado de todo, con un puñado de hombres del pueblo, luchando contra las más poderosas e influyentes clases de la sociedad, luchando contra el congreso mismo y reducido a la última extremidad, no desmintió ni un sólo momento su carácter, no dio ni la más pequeña muestra de debilidad. Arrostró con la borrasca que ha podido destrozarlo, pero que fue del todo impotente para hacerlo doblegar. Es fuerza admirar a un tal hombre a quien sólo debía

desearse un mejor discernimiento para la elección de causa y de circunstancia". La mesurada y prudente conducta de Gómez Pedraza le pareció infantil; deshonestísima la administración de Tornel, aplicó los epítetos de Garatuzá ladrón a Francisco Lombardo, de diputado agiotista a Escandón y de uno de los estafadores del tesoro público más descarado que jamás se haya visto a Esnaurrizar. Santa Anna, el hombre fuerte de la época no le fue simpático, le consideró un "vicioso administrador de los caudales públicos", inescrupuloso en la política, henchido de vanidad al grado tal que considerábase un Napoleón. Espíritu liberal ordenado e incapaz de componendas políticas, Ramírez tuvo que sumarse a los opositores de Su Alteza Serenísima y sufrir en 1855 el exilio de donde volvió al triunfar la revolución de Ayutla.

Como político e historiador don José Fernando advirtió las virtudes y defectos de sus contemporáneos y nos dejó de ellos, al igual que los historiadores de la emancipación, valiosas semblanzas, atinados calificativos y visiones certeras de su actuación. Conociéndolos, pudo formarse una opinión, que en 1847, en que la emite, revela el escepticismo con que muchos mexicanos veían el desarrollo institucional de la república. En efecto, al analizar la situación política reinante al tiempo de la invasión americana, lamenta que en México se confirme la despreciada máxima política que asegura "que los hombres más que los sistemas, son los que hacen la felicidad de los pueblos y dan un alto renombre a las naciones".

Y en torno a los sistemas, Ramírez, tanto en algunas de sus obras como en su correspondencia, que tiene un alto valor histórico, se inserta en el valioso análisis sociológico de la historiografía de la emancipación y prosigue como Mora, Zavala, Alamán y Cuevas la angustiosa reflexión que acerca de México y su porvenir se hicieron. De su experiencia en la cosa pública, de su decidida intervención en la vida del país, de los desengaños sufridos, de la inquietud que en ellos provocó la debilidad institucional, la anarquía interna y las amenazas exteriores, arrancaría su filosofía política, su futura posición ante los acontecimientos y los hombres. Ramírez no escribió un ensayo como sus antecesores. No llegó siquiera a

redactar la *Historia del Imperio* que Maximiliano le encomendara, mas las *Memorias para servir a la historia del segundo Imperio Mexicano, México durante su guerra con los Estados Unidos*, su correspondencia, y algunas obras más como las *Noticias históricas y estadísticas de Durango*, le emparentan con los autores mencionados.

De entre los problemas que agobiaron a Ramírez, como a sus contemporáneos, citaremos los siguientes:

Ineficacia del sistema representativo por vicios en el sistema electoral y mala calidad de los representantes, que "raciocinan poco y hablan mucho". De alguno de ellos llegó a decir que "sólo era bueno para un museo de historia natural". Y ante la ineficacia de los diputados de entonces y de la acción de los congresos, afirmaríase con amarga desesperación: "Todo, todo concurre a probar una triste y vergonzosa verdad: que no tenemos la instrucción teórica, la práctica, las virtudes ni el carácter personal que exige la implantación del sistema representativo. Hombres débiles para los cuales son más poderosas las personas que las cosas, hombres indolentes que no quieren tomarse la molestia de pensar ni de trabajar y que emiten votos sin conciencia, sólo deben obedecer, porque son incapaces de mandar. Cuando un hombre del estado llano llega a formar estas tristes convicciones debe encontrar disculpable a Santa Anna y a Paredes en su aversión a los congreso".

La religión y la iglesia significó a Ramírez, dada su delicada sensibilidad de hombre culto y liberal, grave preocupación. Diose cuenta que la religiosidad de los mexicanos era muy débil, superficial y puramente externa: "Nuestro sistema religioso —escribe—, es del todo punto insuficiente para moralizar nuestra sociedad, pues cuando uno lo examina de cerca y con ojo filosófico, nota luego que el cristianismo ha degenerado en una grosera idolatría, y que el puro y deforme politeísmo es la única religión del sacerdocio y del pueblo. Último y fatal período de las sociedades, él se manifiesta entre nosotros con los mismos vicios, el mismo vacío y las mismas llagas pestilentes con que se manifestó en Grecia y Roma, cuya debilidad se aumentaba en proporción que aumentaban

las legiones de sus dioses impotentes. Los antiguos mexicanos que tenían más fe en Huitzilopochtli que nosotros en Jesucristo, aunque miedosos y llorones, se defendieron de los denodados conquistadores de una manera que hoy nos hace avergonzar de la guerra que mantenemos con unos aventureros. Sus sacerdotes tomaron las armas y perecieron bajo las ruinas de su templo..."

Respecto a la actuación del clero durante la intervención, él, quien conoció a fondo las presiones de todos los grupos y su participación en la anarquía política, escribe trozos dolorosos en los cuales refleja la desilusión que le causó la conducta nada apostólica de numerosos eclesiásticos ante los graves problemas del país, su ayuda a los grupos reaccionarios más exaltados, como los polkos, las intrigas internas de ministros del altar españoles o hispanizantes que recuerdan páginas igualmente críticas de Mora y Zavala, y escribe acerca de la educación impartida en las instituciones educativas de sus días, que hoy todavía por desgracia suele continuarse: "La que en nuestros colegios se llama educación religiosa y moral, consiste en hacer tomar de memoria a los jóvenes el catecismo, algunas oraciones, y en el aprecio de prácticas devotas, juzgándose más perfecta aquella que más las amplía y mejor director el que despliega mayor severidad y aun dureza en exigir las; mas esa instrucción que sólo habla a los sentidos dejando enteramente vacío el corazón, suele hacer de los jóvenes, gazmoños y mojigatos, que como decía Fleury, se acostumbran desde muy temprano a decir bien y a obrar mal..." Y al final de una larga explicación acerca de las formas religiosas externas y rituales de los mexicanos concluía: "No creo que por esta franca manifestación de mis ideas, se me haga la injusticia de suponer que repruebo el ejercicio de las prácticas devotas; lejos de eso, y prescindiendo del deber religioso que las impone, las juzgo útiles y aun necesarias en la educación de la juventud; mas con ella precisamente es con quien creo debe guardarse la enseñanza que nos dejó el divino fundador del cristianismo en la respuesta que dio al que le preguntaba cómo debía hacerse la oración. Jesucristo no dio una larga fórmula, ni menos impuso al

hombre el yugo de una dura ley ceremonial, como que su misión era destruir la que por exorbitante había puesto en peligro a la misma religión. Jesucristo inculcaba en todos tiempos y en todas ocasiones, muchas máximas morales y muchos ejemplos. Tal me parece había de ser el sistema de los colegios”.

Como funcionario, Ramírez fue un ejemplo de eficacia y honestidad. No poseía altas dotes de estadista, como muy bien comenta Pereyra, pero en los puestos que desempeñó se manejó prudente y rectamente. No tuvo la firmeza ni el sacrificio perseverante de un Gómez Farías o de un Baranda, y por ello, con el mismo gozo aceptaba una nueva y honrosa designación, que la abandonaba a las pocas semanas de haber sido nominado. Más aún, cosa que hoy nos parece verdaderamente extraordinaria ante la impaciencia de los que esperan ser llamados, él, como otros dirigentes de la época, tenía que esconderse o ausentarse para no ser encontrado por los emisarios de los gobernantes en turno que le querían confiar un puesto. Más aún, en ciertas ocasiones ante el ofrecimiento de un alto puesto, dudaba, como hombre de bien y por un punto de honor, alejarse del partido de los vencedores o cooperar con el gobierno en bien de los demás.

Cuando se le llamó a ocupar la primera magistratura de Durango, esbozó para sus partidarios un sintético programa de gobierno que podía servir de modelo a los revolucionarios actuales, en el que señalaba los lincamientos a que se sujetaría en caso de resultar electo: “Una grande economía en los gastos y distribución de las rentas públicas; una suma severidad en su recaudación y manejo; un puntual y cumplido desempeño en los servidores del estado, aunque siempre proporcionado a sus recompensas; toda la energía necesaria sin caer por supuesto en la arbitrariedad ni en el despotismo, para reducir a cada uno dentro de sus propios límites, para hacer cumplir las leyes y en fin para llegar a lo que forma el alma y vida de la sociedad, a la consolidación de la moral y del orden llevando una mano prudente pero firme a los abusos para arrancarlos de raíz. Yo en consecuencia no tendré amigos contra mi deber así como tampoco recordaré haber

tenido desafectos. Aunque haya de tener más o menos ligeras condescendencias, porque la vara del gobernante no es de acero ni la excesiva dureza el medio de reformar una sociedad viciada, tampoco haré de aquélla mi regla de conducta sino la excepción; y en las grandes faltas yo no tendría compasión ni de mi sangre. Últimamente, yo sería únicamente celoso de la autoridad y dignidad de mi puesto, y en este punto sí que no toleraría nada, absolutamente nada, que tendiera a rebajarlas, a menos que una fuerza irresistible o mayores males me obligaran a tolerarlo. Sin embargo, defendiendo como defendería a todo trance su dignidad, me cuidaría muy poco o nada de su posesión, porque la veo no como un beneficio, sino como un gravamen”.

El militarismo que tanto preocupó al doctor Mora fue un mal que en años posteriores agobió al país. Las predicciones del consejero de Gómez Farías resultaron ciertas, y se vivía a merced de los caudillos; hoy Santa Anna, mañana Bustamante, pasado Paredes y así sucesivamente. Disputábanse el poder, cambiaban programa y bandera y desgarraban inconsecuentemente al país, sin importarles su porvenir. Los civiles no eran sino instrumentos del capricho de aquéllos y no bastaba la honradez, la preparación ni el patriotismo para salvarse. Alamán, así como Gómez Farías, estaban supereditados a la voluntad del milite en turno y sus buenas intenciones; su anhelo sincero de conducir al país hacia la paz y el progreso frustrábanse ante los hombres de espada.

Tal situación no la desconocía Ramírez; la sufrió, y luchó cuanto pudo por superarla. Vio sin embargo que una de las causas fundamentales de ese mal radicaba en la propia constitución del ejército, en su integración, la cual le hacía docil instrumento de los caprichos de los superiores. Consideró Ramírez que la milicia debía brotar de las masas populares en forma espontánea para lo cual era indispensable que ésta tuviera confianza y creyera en el desinterés y patriotismo de los gobernantes. Ramírez estaba convencido que el pueblo mexicano era un pueblo pacífico, sin espíritu de aventura y conquista y capaz de todo sacrificio. “Valiente y formidable cuando pelea dentro de sus hogares resistiendo una injusta

agresión u obedeciendo a sus jefes”, pero resistiéndose a soldados si se le forzaba y aun recurriendo a la desertión. Y agregaba: “Esta antipatía natural a la guerra se encuentra fortificada por la viciosa organización de nuestro ejército y por el descrédito en que ha caído; le repugna pertenecer a él por algo más que la mala vida que en él se pasa y esta antipatía necesita muchos años y mucho trabajo para ser destruida. Salvas muy pocas excepciones, la oficialidad no es lo mejor de la sociedad; fruto cosechado en las guerras civiles, participa de todos sus defectos y hace sumamente infeliz la suerte del soldado no sólo por la degradación a que lo condena sino porque también le roba su alimento”.

Y a guisa de ejemplo señalaba que entre las razones que provocaron la desmoralización del ejército que combatía en Texas se cuentan “los escandalosos peculados que cometieron algunos jefes durante la última guerra de Texas, la impunidad en que se les dejó gozar el fruto de sus rapiñas, el abandono y miseria a que se vio expuesto el soldado, muriendo de enfermedad el que había respetado la bala enemiga, las hambres y privaciones que padeció sirviendo de medios de especulación a los mismos que debieron socorrerlos, y tantos sacrificios perdidos por un revés que pudo ser reparado antes de que se oreara la sangre de nuestros soldados”.

En relación a este tema, el de la amenaza exterior, Ramírez, testigo de la invasión americana y hombre que contempló con desesperación la pérdida de nuestro territorio e intervino patrióticamente para celebrar un tratado de paz que no nos destruyera totalmente, hace valiosas y oportunas reflexiones. Consideró en el año de 1846, a diez años de la revuelta tejana, que los Estados Unidos ocuparían Texas a costa de cualquier sacrificio, pues “teniendo como tienen la conciencia de su superioridad física sobre nosotros, sintiéndose impulsados por el espíritu aventurero y de conquista que siempre ha distinguido a las repúblicas montadas bajo el principio que reconoce la suya; creyéndose amenazados en su existencia política por este lado, y convencidos de que la adquisición de Texas es de inmenso valor para el engrandecimiento y prosperidad de su confederación, es seguro que

intentarán incorporárselo aún cuando entiendan ponerse en guerra con todo el mundo y exponer la suerte de su confederación". "Además —agrega— los periodistas y políticos de los Estados Unidos, que a diferencia de los nuestros raciocinan mucho y hablan poco, han conocido toda la inmensa importancia de la adquisición de Texas y han habido hacérselas sentir a la masa entera de la nación. Ese pueblo es también inmensamente orgulloso; cree que es el primero del mundo y que ninguno sería capaz de resistirlo".

Después de analizar el desastre de la guerra con Texas, las razones del fracaso de los ejércitos mexicanos, las funestas consecuencias que acarreó al país, todo con entera franqueza y colocado en un plano de absoluto realismo, pues contemplaba cómo aquel territorio había sido ocupado totalmente con colonos anglosajones adictos a los Estados Unidos, dotados de un gran espíritu de empresa y aventura, y los cuales "por comunidad de origen, por la conformidad del idioma y religión, por lo democrático de las instituciones, por la paz y prosperidad que goza la nación, por el mayor consumo de elementos de subsistencia que presenta a un emigrado desde el día que pisa su territorio", representan un ejército que no necesita ni de pago ni de armas para pelear en favor de la incorporación hasta la última extremidad. Por todas esas razones, pensaba, y por el "estado no sólo de abatimiento sino de degradación" que el país presentaba, por estar amilanado, aturdido, no pelearía voluntariamente.

"La guerra de Texas —explicaba con abierta franqueza a Santa Anna— inspira aversión a las masas porque ven de cerca los sacrificios que va a costarles y ni aun siquiera pueden formarse idea de los beneficios que deban resultarles. El partido federalista no ve de mal ojo la incorporación a los Estados Unidos porque se imagina que el resto de la república seguirá la misma suerte y así se realizarán sus sueños. Los que no se mantienen de ilusiones temen que Texas sea el sepulcro de la república y que sean irrevocablemente perdidos los sacrificios que se hagan para conservarla porque ciertamente no tendrán una debida compensación; temen y yo entre ellos, que nos compliquemos en el interior hasta el

punto de echarnos encima una intervención extranjera que sólo nos deje una soberanía de comedia". Por todo ello no creía posible la reconquista de Texas. Aceptaba que los ejércitos mexicanos pudieran ocuparla temporalmente, pero que dadas las circunstancias totales por las que atravesaba el país, no reconquistaría ese perdido territorio. Sugirió que, ante ese hecho, sería preferible hacer de Texas un estado fuerte con la ayuda que varias potencias europeas habían ofrecido, Francia y principalmente Inglaterra, con el fin de oponerlo al avance de los Estados Unidos. Sugirió se vendiera a Inglaterra ese estado, la cual lo colonizaría con irlandeses y otros colonos católicos estableciendo una barrera fuerte y efectiva. Esa posibilidad permitiría a Inglaterra no transigir en la cesión de Oregón, y México podría conservar las Californias, pues de otra suerte no era remoto que la frontera se hiciera llegar hasta el río Bravo y se perdieran ambas Californias.

La guerra con Texas no fue sin embargo sino el inicio de una mayor catástrofe. Cuando hacia el mes de noviembre de 1846 corrió la especie, reproducida en varios periódicos, de que Santa Anna había pactado con los Estados Unidos a no oponer resistencia a su empuje y a celebrar un tratado de paz que les favoreciera, comprometiéndose a mantenerlo en la presidencia por diez años, Ramírez creyó que ante tal acusación sería posible forzar a Santa Anna a hacer la defensa del país. Los acontecimientos de la guerra, cada día más dolorosos y trágicos, presentados en forma descarnada pero abreviada por Ramírez, nos presentan un cuadro que comenta Pereyra: "son un retrato completo de la sociedad mexicana y de su vida entera durante la invasión. No son sus relatos una crónica más de la guerra, sino en estudios más altos la explicación de nuestras derrotas".

La desafortunada acción de Cerro Gordo hacía exclamar a Ramírez que como había sido tan completa como vergonzosa, no había podido salvarse ni aun la esperanza. La nación se encontraba sin dinero, fusiles, ni artillería; los jefes no valían, según expresión de Santa Anna, más que un cabo, la desmoralización era general. "La guerra —observaba Ra-

mírez— es de desmembración y México no puede presentar ni un simulacro de unidad...” y el testimonio de la escisión pulula en términos de mirarse hasta como un medio de liberación. La narración que del estado moral de los mexicanos en ese momento hace José Fernando es patética. Narra cómo la tropa volvía del frente acobardada, cómo jefes y oficiales proclamaban invencibles a los yankees, y los soldados narraban vulgaridades que recordaban la conquista. Así escribirá: “Nuestra situación es verdaderamente desesperada: todo, absolutamente todo, se ha perdido, y según el camino que llevan las cosas, es dudoso pueda salvarse la independencia, último recurso y simulacro del honor. Dos únicos caminos nos han dejado el odio y la torpeza de los partidos políticos que hasta hoy se disputan el poder: o la conquista o una paz que siempre será vergonzosa, porque no tenemos elementos para repeler las propuestas que se nos hagan”.

Y en medio de esa confusión en que se hundía el país, los acontecimientos internos entristecían y desesperaban a los hombres rectos y honorables de aquel momento. Los polkos, vergüenza en nuestra historia, contribuían a aumentar ese estado de cosas. La relación que Ramírez deja de ese abominable espectáculo es digna de mención. Ante la noticia del desembarco de los americanos en Veracruz, el pueblo, refiere, “mostró una horrible indiferencia y los combatientes preferían perder una patria a trueque de conservar sus posiciones”. Y agrega: “Los escapularios, las medallas, las vendas y los zurrones de reliquias que en docenas pendían del pecho de los pronunciados, especialmente de la sibarita y muelle juventud que forma la clase de nuestros elegantes, habrían hecho creer a cualquiera que no conociera nuestras cosas que allí se encontraba un campo de mártires de la fe, que todos serían capaces de sacrificar a la incolumidad de su religión, vulnerada por las impías leyes de ocupación de bienes eclesiásticos. Muy pronto se vio que este resorte era el más débil y que toda aquella farándula de escapularios era un puro coquetismo fomentado por la inocente devoción de las monjas y por la interesada creencia del clero. El amor hizo una abundante cosecha en ese tráfico devoto”.

La conducta poco edificante del clero, la impericia y cobardía de muchos de los militares, el encarnizamiento de las facciones que se devoraban entre sí en el momento en que el país era invadido, todo ese inmenso y doloroso cuadro es revelado por Ramírez en forma magistral. Los desmanes de las tropas yankees y del populacho, la visión existente entre los dirigentes, el sufrimiento del pueblo, el abandono que de la ciudad hizo "el infame y eternamente maldecido Santa Anna, quien la dejó sin un centinela y a merced del enemigo", así como los esfuerzos de un puñado de hombres para salvar a la patria de la ruina total, representan páginas de un valor histórico indudable y el relato vivo y punzante de una experiencia política que Ramírez no olvidó jamás.

Años más tarde, cuando las fuerzas francesas invaden la república y ésta se llena además de administradores, Ramírez reacciona en la misma forma y censura acremente el proceder de las fuerzas de ocupación. Sin embargo, para este momento Ramírez ya era otro. Había dejado de tener confianza en el país. Había desesperado de la justicia de una causa por la que siempre luchó. Creyó que un cambio de hombres y de instituciones podía ser la salvación del país. Él, que rechazó las formas monárquicas en 1846 y 1847, tuvo que aceptarlas arrastrado por la desesperación que se apoderó de muchos mexicanos al ver hundirse en terrible anarquía, en el caos y en el más criminal desorden, todos sus esfuerzos, sus sanas intenciones. Su integridad y honestidad habían sido vanas. La desilusión y la desconfianza minó su espíritu, sus energías desfallecieron y no supo conservar como el grupo encabezado por Benito Juárez la fe en el porvenir, la fortaleza para resistir hasta lo último. Tal vez pensó en momentos de debilidad y confusión que era más importante conservar la tranquilidad del país, preservar las buenas conciencias y sus posibilidades culturales, que continuar una lucha en que todo podía destruirlo. Tardíamente se equivocó él como otros, y este error obligó a muchos a vivir y a morir alejados de la patria por quien tanto se habían desvelado.

Hoy que nos ha tocado vivir muchas veces en forma dramática la que se ha denominado rebelión de la juventud, esta

lucha generacional que nos desconcierta por el tono tan brusco y general como se ha presentado en nuestros días, conviene recordar se ha dado siempre y en algunas ocasiones con cierta gravedad. En la primera mitad del siglo pasado, México sufrió un enfrentamiento entre la generación que había consumado la independencia y trataba de conservar su estatus económico, social y político, y las nuevas generaciones imbuidas de ideas renovadoras que anhelaban una transformación más violenta y radical. El partido del progreso y las logias masónicas impulsaron ese cotejo, y a su lado o enfrentándoseles, se situaron generaciones enteras que luchaban contra el inmovilismo y que se politizaron rápidamente. Esa pugna se dio no sólo en la metrópoli sino que repitióse como un eco en la mayoría de los estados. Durango no escapó a ella, y así a partir de 1825 surgió una lucha entre grupos, el de los Cuchas o Yorkinos, y el de los Chirrines o Escoceses o Católicos, lucha que no era sino el eco de la que ocurría en México y la cual ocasionó continuos alborotos y aun la muerte de numerosos individuos.

Ramírez observó ese enfrentamiento y pudo definirlo y precisarlo lúcidamente. Pertenecía a las nuevas generaciones y sentía que muchos como él querían una patria mejor, respetable y respetada, en la cual fuera posible la libertad dentro del orden, regida por instituciones democráticas y estables y no al capricho de caudillos ambiciosos e impreparados. Por ello, al mencionarla afirma se trata de una pugna entre los hombres viejos y los nuevos, de una lucha entre dos generaciones, “entre la que era joven hace veinticinco años y la que vino al mundo y divirtió su infancia durante sus violentas querellas y trastornos, entre los que buscan un asiento y los que rehúsan ceder el suyo”. En la vida política lo mismo que en la civil, agrega, “los hombres vagan por mucho tiempo manteniéndose errantes, sin conocer ni sentir la necesidad de una radicación; mas cuando ésta llega y la tribu nómada se reconoce fuerte, luego se arroja sobre su vecino a quien expulsa o subyuga, manteniendo el puesto mientras viene otro a hacerle sufrir la misma suerte...”. “Este turno, que no es más que la expresión o símbolo de

la vida social, muerta o entumecida bajo el cetro de hierro del despotismo; lenta y apenas discernible en las monarquías absolutas; robusta y animada en las constitucionales; viva, enérgica y vigorosa en las repúblicas, que por leyes sabias han regulado el orden gradual de la sucesión política; y mañera, turbulenta, delirante y aun salvaje en las democracias que no reconociendo aquel orden, que es el de la naturaleza y de la razón, abandonan la renovación de los hombres y de las cosas, al triunfo de la fuerza y a la inconsecuente voluntad de las facciones: en todas esas situaciones, digo, en todos esos esfuerzos que el hombre bautiza imponiéndoles un sobrenombre, no se encuentra ordinariamente en el fondo más que la brega de las generaciones que se empujan y repelen, la lucha de los hombres nuevos contra los hombres viejos”.

Y como norma de política general que regeneraría al país y lo sacaría de la postración, recomendaba luchar “para restaurar el imperio de la moral y de las leyes para salir de ese enervamiento que nos mata y hace el ludibrio de las naciones; para devolver a la justicia la balanza que le ha arrebatado el favor; para evitar que los medianías audaces conviertan en su patrimonio a los hombres y a las cosas; en fin, para castigar y premiar sin pasión y no buscando para todo otra guía ni apoyo que el que dan una conciencia debidamente ilustrada, desengañados de que aquél no se encuentra ni puede encontrarse, en la inconstante y caprichosa voluntad de los hombres”.

Esto es algo de lo que se puede decir de más saliente en torno de la primera gran pasión de José Fernando Ramírez, la actividad política, su afán de servicio, su faceta de hombre público. Otros aspectos podían ser mencionados, pero debemos ocuparnos en seguida de aquella manifestación vital que más nos interesa, la del hombre de letras, la del intelectual, la de historiador en fin. Es indudable que la actitud política de Ramírez condiciona su obra y su pensamiento histórico, pero en él vamos a encontrar tanto algunos rasgos comunes en investigadores de su época, como otros peculiares, a él privativos.

En primer término, notemos que apasionado por la his-

toria de México como muchos de sus contemporáneos, Alamán, Bustamante, Lafragua, Chavero, Icazbalceta, Orozco y Berra, y consciente del valor que los testimonios que conservaban archivos y museos eran indispensables, los salvó en varias ocasiones de la destrucción. Temeroso de las depredaciones de la soldadesca americana y de la plebe durante la ocupación de 1847-48, ocultó en casas amigas las más valiosas colecciones mexicanas, y con el encargo de conservador y director del Museo Nacional se preocupó por acrecentar su documentación, aprovechando para ello su puesto de interventor de las bibliotecas y archivos de los conventos extinguidos.

Bibliófilo infatigable y con recursos, reunió ricas colecciones que el país perdió para su desgracia. En 1851, cuando hubo integrado un rico acervo, pensó ceder lo más importante del mismo para que con él se formara la Biblioteca Nacional, proyectada desde 1833. Diversas gestiones realizó para el efecto e intentó se estableciera en el edificio de la Aduana, ocupando él el puesto de bibliotecario. No habiendo llegado a acuerdo alguno, parte de sus libros vendió a su estado adoptivo, Durango. La segunda y más rica colección se subastó en Europa después de su muerte.

Historiador del México antiguo, Ramírez descuella por el interés e impulso enorme que prestó a la historia precolumbina. Ya mencionamos su afán de reunir las fuentes relativas a ese largo período de nuestra historia, muchas de las cuales publicó con atinadas explicaciones. Tanto en México, como durante sus viajes por Europa, reunió rico material que presentó por vez primera a los investigadores mexicanos. Su anhelo por editar la obra de Sahagún en pulcra impresión es bien conocido, como también el esfuerzo realizado para que apareciera la *Historia de las Indias de Nueva España* de fray Diego Durán, de la cual sólo vio impreso el volumen primero. Deseó publicar las obras de Tezozómoc, Ixtlilxóchitl, y el llamado *Códice Ramírez*, para las cuales escribió juiciosas y valederas introducciones. Varios códices procedentes de la Colección Aubin, fueron igualmente objeto de su interés, como el *Tonalamatl*, el *Mapa Tlotzin* y

el *Quinantzin*, el *Código Aubin*, el *Atlas* de Durán y otros más, los cuales hizo litografiar. Hizo imprimir e interpretó el *Mapa de Sigüenza* y la *Tira de la peregrinación* e intentó igualmente una explicación del *Código Borgia*. Muchas otras fuentes recogió, publicó y dejó con explicaciones sobrias, justas, precisas, fruto de sus conocimientos e inteligente visión. Escribió numerosas biografías de personajes indígenas sobresalientes, realizó descifraciones jeroglíficas y descripciones de monumentos y objetos arqueológicos. Las que conservamos de sus visitas a Cholula y a las zonas arqueológicas de Yucatán revelan la prudencia con que se conducía, su mesura, frente a las desorbitadas explicaciones de otros curiosos. Con sobrada razón, González Obregón dijo de él: "Como arqueólogo, estableció los fundamentos de la interpretación jeroglífica de nuestros códices. Sin prejuicios ni preocupaciones, sin dejarse arrebatar por la fantasía, nos demostró su saber en la ciencia de la interpretación juiciosa, en las explicaciones de algunos de los monumentos del museo y en las de los códices de la peregrinación de los aztecas".

Ramírez, pues, como buena parte de los historiadores del siglo xix, no escapó al reclamo de la historia prehispánica. Puesto que trataban de formar al país, de dotarle de clara y completa conciencia histórica, tuvieron que aceptar y fortalecer la doble raigambre de nuestra procedencia. Siguiendo los lineamientos trazados por Eguiara y Eguren y Clavijero, atendieron tanto la ascendencia hispánica como la indígena. Entroncaron así con los historiadores del siglo xviii y los de la emancipación, Mier y Bustamante, en su interés por las culturas autóctonas, pero no rechazaron, después de haber superado la crisis de la independencia, la herencia hispánica, antes bien, consideraron que en el país en formación era indispensable exhibir con orgullo y vigorosamente la doble ascendencia. Esta idea es la que enriquece y otorga calidades de síntesis cultural a los equilibrados trabajos de Ramírez y de Orozco y Berra.

Este afán de síntesis es el que explica también su preocupación por estudiar importantes aspectos de la historia colonial, principalmente aquellos más debatidos como la justifi-

cación de la conquista realizada por España y su capacidad para emprenderla; la conducta de algunos de los actores principales de ella como Cortés, Alvarado y Nuño de Guzmán; la defensa ideológico-política de los indios y las diferencias suscitadas entre sus defensores. En este campo, el afán de equilibrio, de imparcialidad, de síntesis unificadora, no impide a Ramírez expresarse con acritud y aun extremada dureza, pero siempre en pro de la verdad. De esta suerte los juicios hacia Alvarado y Nuño son realmente eso y no epítetos aplicados caprichosamente. Basta con leer las biografías consagradas a estos últimos para comprender, como dice Castro Leal, que Ramírez era capaz de discurrir "sin odio y sin desdén, con una comprensión en la que había interés y afecto, al mismo tiempo que medida y equilibrio".

Uno de los trabajos más relevantes de Ramírez, en el que se advierte su extraordinaria capacidad de sentir la historia mexicana y sus amplios conocimientos, es el titulado: *Notas y esclarecimientos a la Historia de la conquista de México del señor William Prescott*. Estas notas representan una crítica histórica justa, depurada y profunda a una obra que aparecía aureolada con el prestigio de su autor, como destinada a convertirse en la interpretación más válida de la historia mexicana. Grande fue la estimación que los investigadores mexicanos tuvieron por las obras de sus colegas extranjeros. Admiraron la amplitud de sus planes de trabajo, la calidad y número de sus fuentes, la brillantez de su estilo y aun la presentación formal de sus libros, pero mucho más admiraron y envidiaron la inmensa posibilidad que aquellos tenían para utilizar nutridas bibliotecas, auxiliares inteligentes y capaces, recursos económicos que les permitían laborar sin fatiga ni preocupación, consagrados por entero a la creación. Estrechas y eficaces fueron las relaciones de amistad de nuestros eruditos con sus contemporáneos europeos y norteamericanos.

Prescott fue tenido en muy alta estima por los historiadores hispanoamericanos; sin embargo, no todos ellos admitieron que su producción era intachable, definitiva. En medio de mil angustias y amarguras, mexicanos y sudamericanos

nstruyeron sus patrias a la par que su historia. El material que empleaban no era sólo el que bibliotecas y archivos les brindaban, sino su propio pueblo, su trágico desarrollo, sus conductas violentas explicables por innúmeras causas. No era el silencio de los gabinetes, ni el auxilio de los ayudantes el que auspiciaba la historiografía mexicana, sino el estruendo de la metralla, los golpes cuartelarios, las invasiones extranjeras, la penuria del pueblo y del erario, la desmoralización ciudadana. En este ambiente, teniendo como testimonio viviente a la nación entera, nuestros historiadores reflexionaban sobre nuestro pasado y trataban de labrarnos un futuro menos inclemente. Por ello, cuando apareció la *Historia de la conquista de México*, realizada como afirma Ramírez, "no sólo con acierto, sino con una tal belleza y lujo de ideas y de lenguaje, y con una diligencia tan rara en la investigación y acopio de noticias inéditas e interesantes que difícilmente podría ser mejorada", era justo alabarla, pero de estricto derecho manifestar sus desacuerdos, especialmente cuando así lo demanda el interés en general de la literatura y el particular de su obra misma. El libro de Prescott, al que calificaba el historiador mexicano como el mejor que por entonces había, tenía, a su juicio, tres fallas fundamentales, las cuales atendiendo "a su naturaleza y origen resultaban harto difíciles de calificar y censurar", a saber: "el uso no siempre moderado que ha hecho de las reglas de la crítica; el desapego instintivo de raza, que luchando contra sus nobles y concienzudos esfuerzos, suele alcanzar a veces su victoria; y en fin la exaltación de su entusiasmo por Cortés", que convertía esa obra en una apología.

Pero aún más, Ramírez advertía que esos defectos, "influyendo de una manera inapercibida aunque constante, en el ánimo y mente del autor, dan a su historia un cierto tinte, que aunque no me atreveré a calificar de hostil, sí diré que no es para dejarnos lisonjeados; bien que él haya repartiéndolos por toda su obra con tal uniformidad y aun lisura, que ciertamente en esa su misma uniformidad auxiliada por la gran diligencia que ha puesto para actuarnos en las fuentes de sus noticias lleva consigo el correctivo".

Bastante graves eran las fallas señaladas por Ramírez. En sus amplios comentarios revela cómo Prescott, deslumbrado por la señera figura de Cortés e impulsado por prejuicios raciales muy hondos, desestimó el valor de las culturas indígenas, a las que consideró inferiores y bárbaras, y ensalzó a los conquistadores, fundamentalmente a su capitán. Señala Ramírez que la antipatía racial de Prescott domina a toda su obra, y que “el desdén de raza se manifiesta sin embozo y sin doblez hasta en despreciables menudencias”. Estas dos fallas fundamentales eran a su vez las que orillaban al historiador norteamericano a mal emplear la crítica histórica y aun a utilizar vocablos despectivos sobre los indios, cuyo idioma le era incomprensible y totalmente extraño a su sensibilidad. Sobre este aspecto escribe un párrafo muy relevante que seguramente gustará a nuestros nahuatlatoles: “Tampoco es extraño que el grande historiador abaje su majestuoso vuelo hasta el polvo de fútiles reparos, reservados a los dengues y melindres femeniles, para divertirse en medir la melodía o aspereza de ciertas palabras o vocablos mexicanos; punto sobre el cual, dicho sea sin agravio, no puede ser juez muy competente el oído acostumbrado a armonías como las del «yankee doodle»”.

Puso de relieve las fallas esenciales de la obra de Prescott, a la que consideraba “relevante prueba de su talento y un testimonio irrefragable de los inmensos recursos que pueden sacarse de la ciencia para abonar una mala causa, cuando ésta se pone en manos de un hábil y ardoroso defensor”. Ramírez afirma que una auténtica historia de la conquista “solamente podría llevarse cumplidamente a cabo por una pluma filosófica, que sintiera correr en sus venas, mezclada y con tranquilo curso, la sangre de los conquistadores y de los conquistados; pero uno en fin, que discurriendo sin odio y sin desdén los llame a un juicio de familia, teniendo presente que va a hacer justicia entre sus progenitores. Entonces y solamente entonces podremos concebir esperanzas de tener una completa, imparcial y fiel historia de la conquista, que nada nos deje que desear por el lado de la integridad, que nada nos haga sentir por el lenguaje apasionado o des-

deñoso del historiador". No será por supuesto, concluía con cierto escepticismo, "de entre las generaciones presentes desprovistas de los medios necesarios y dominadas aun por las mezquinas pasioncillas que el severo buril de la historia despreja y repele, de donde salga el genio que ha de dar cima a tan ardua y gloriosa empresa".

Es justamente en esta obra en donde el destacado hijo de Parral revela su pensamiento en torno de la historia; en donde con mayor amplitud nos descubre su sentido histórico.

En primer término reafirma su anhelo por contar con fuentes vastas, operantes, y la necesidad de entrar en ellas, interpretarlas con crítica objetiva a la manera como lo hacía la escuela científicista europea de Ranke, los Thierry, Guizot, Barante, Sismondi, Muller, Caperfigue y Niebuhr. Considera, después de realizar una crítica comparativa de las fuentes, que las mexicanas son valederas por múltiples razones, y algunas, como la del diligentísimo padre Sahagún, superiores a muchas europeas.

En segundo término declara que todo historiador debe presentar los sucesos de que se ocupa en toda su sencillez y pureza, para que a primera vista se reconozca su íntimo enlace con las causas y motivos que los produjeron y determinaron, y debe también ser sumamente medido en sus palabras para no aventurar en ellas, por un lujo de lenguaje, ninguna especie que pueda falsear la verdad histórica. En la persona del historiador, afirma, se encuentran reunidas las funciones de relator y las de juez.

Pero no sólo el choque tan dramático de dos culturas como fue la conquista en la que se originó nuestra nacionalidad interesó a Ramírez, sino que también incursionó por los quietos ciclos de la historia virreinal, ocupándose de numerosas personas y acontecimientos. Así como dejó del mundo aborígen bien trazadas biografías, también de señores personajes de los tres siglos de dominación destacados por su ciencia y virtudes escribió abundantes semblanzas, varias de las cuales son auténticas joyas que engalanan la biografía mexicana. Algunas semejantes a las de García Icazbalceta, no sólo representan un rastreo paciente y minucioso en busca

de información en polvosos libros y manuscritos, sino la recreación viva y bella de una vida digna de perduración. En sus *Adiciones a la Biblioteca de Beristain*, reparamos en sus eruditísimos conocimientos, en su saber bibliográfico y en sus calidades de historiador cuidadoso, fiel. En varias ocasiones señala los deslices en que incurrió el canónigo bibliógrafo, de quien afirma se tomaba amplísimas libertades que la ciencia rigORIZADA por Mabillón no permitía.

En cuanto a la autenticidad de la obra histórica, esto es a su ajuste a la realidad dentro de su propia circunstancia, Ramírez reafirmaba este criterio desconfiando de la tan acentuada tendencia a conformar a una teoría preconcebida la interpretación de todo un desarrollo histórico. Así, escribía: “El error de los que todavía creen que se puede amoldar una nación a la teoría de un escritor con la misma facilidad y acierto que se confecciona un medicamento nuevo, sin más que seguir la última farmacopea, todo lo han conseguido en sus bellas creaciones, excepto una sola cosa: dar poder y respetabilidad a sus criaturas. ¡Prometeos desgraciados, no han encontrado propicia la deidad compasiva y bienhechora que debía dar vida a la obra maestra de la imaginación y del arte!”

Acerca de la misión del historiador, esto es de su labor de reconstrucción, reflexión e interpretación, Ramírez apoyado en el *De Oratore* de Cicerón, consideraba que: “el historiador no es solamente juez inexorable, pues el genio de la historia también le permite ser tribuno elocuente y florido pintor de las escenas que retrate, bien que poniéndole en todo caso, por cotos, la incolumidad de la verdad”.

Y agrega: “Yo sé que esto es muy fácil de decir, pero que ofrece infinitas y muy graves dificultades para ejecutarse, porque el interés, el descuido o la pasión que ordinariamente presiden en la redacción de los documentos que forman los materiales de la historia, raras veces presentan desnuda la verdad, siendo muy común que el redactor los escriba con el designio de desfigurarla; más aquí es precisamente donde debe lucir el talento, ejercitarse la ciencia y probarse la rectitud del historiador, pues que acumulando en su per-

sona las funciones, hasta cierto punto incompatibles, de relator, de patrono y de juez, se le exige que narre con fidelidad, que defienda con conciencia, que falle sin prevención, sometiéndose a las leyes de la historia, que le mandan no decir nada falso, no callar lo que es verdadero, y evitar aun la sospecha de odio o de favor. ¿Y cómo desempeñar cumplidamente este encargo, cuando las pruebas destinadas a formar el criterio divagan y se contradicen? . . . Como lo desempeña un juez, a quien jamás la verdad se presenta en su sencillo traje; apelando a la lógica judicial, o lo que es lo mismo, siguiendo los severos principios de la sana crítica, que así como es un terrible escollo para los zurcidores de patrañas, también es un crisol de donde el historiador sale radiante. Cuando el juez no puede discernir la verdad, la ley y la razón le mandan seguir la verosimilitud, que, dicho sea de paso, es ordinariamente la verdad de la historia”.

Con respecto al trabajo histórico, a su amplitud y a la posibilidad de una plena objetividad, Ramírez, influido por las corrientes históricas más relevantes de su época al incursionar en lo que en aquella época se llamó trabajos estadísticos y que eran en realidad cuadros generales muy amplios acerca de toda la actividad humana realizada en un medio determinado, pensaba que: “ningún trabajo estadístico puede considerarse completo si en él no se da una noticia del carácter, costumbres y estado social del pueblo que forma su asunto”; y efectivamente eso hizo en sus relevantes *Noticias históricas y estadísticas de Durango*, edificadas con una sobresaliente información geográfica, económica, política y social, y a base de una reflexión madura y certera y de firmes conocimientos de la realidad que describió. Pero también advierte Ramírez en estos trabajos “el afecto o desafecto, la ligereza o el error, y hasta el modo de ver y sentir son obstáculos que impiden formar un juicio recto e imparcial, motivo por el que debe confiarse muy poco en lo que de su clase suelen darnos los nacionales y extranjeros”.

Esos trabajos deberían ser, aconsejaba: “Una exposición fiel, ingenua y franca de los hechos que determinan nuestro estado político y social, y que ayudados por una mirada re-

trospectiva sobre lo que fueron, les dará a conocer lo que han perdido o ganado, lo que son y lo que pueden ser. Tal vez se descontentará a muchos y dejará gratos a pocos; pero --agrega-- yo no he tomado la pluma para adular”.

Y efectivamente, pensaba que el trabajo histórico “no debería servir para complacer a nadie, sino para revelar el desarrollo de la sociedad o la conducta de un individuo en todos sus aspectos, buenos o malos”. Indicaba que el señalar los errores y las enfermedades sociales serviría para corregirlos y curarlos. De acuerdo con esta idea, en varias de sus obras señala vicios que dañaban al país y a la sociedad y que significaban pesados lastres para su desarrollo. Ya nos hemos referido a algunos de ellos al hablar de su actuación política; ahora mencionaremos algunas observaciones que Ramírez hace en sus obras y que nos proporcionan amplias luces para entender su amplia visión de historiador y de estadista.

Una de ellas muy relevante es la observación que hace acerca del aumento del latifundismo y de la pérdida de la propiedad territorial por los pequeños campesinos, lo cual ocasionaba la ruina de las clases rurales empobrecidas que, sin medios de subsistencia, o caían dentro del sistema de sujeción de los hacendados que los esquilmanaban inmisericordemente o se consagraban al bandidaje, al abigeato y a cometer toda clase de excesos para poder vivir. Afirma Ramírez que este mal era producido “por la indolencia, egoísmo e insensata economía de los propietarios que contribuyen a causar un grave mal, estancando las tierras, descuidando la policía rural y dando ocasión con su egoísmo a que las funciones inferiores de la judicatura caigan en personas indignas”. Y añadía, “justo es también decir que muchos hacendados merecen su suerte porque violando todos los fueros y obrando contra sus propios intereses roban a sus sirvientes el fruto de su trabajo, forzándolos a recibir en pago efectos y esquilmos recargados con un cuatrocientos o quinientos por ciento sobre su valor; procedimiento indigno que nadie procura remediar y que no solamente provoca, sino que, según algunos casuistas, legitima el robo como una justa compensación”.

Y en el aspecto de la veracidad, Ramírez consideraba que

el historiador tenía la obligación primordial de tratar de decir la verdad, aun a costa de su propia seguridad y tranquilidad personal, pues ella lleva aparejado un saludable deseo de reforma, de regeneración personal o social. El ocultar la verdad o mentir, por el contrario, afirmaba el error y era perjudicial. Por ello escribía: "juzgando la adulación como la más ruin, baja y perniciosa de las flaquezas humanas; más perniciosa y culpable cuando se emplea con un pueblo que con un hombre, porque entonces la bajeza degenera en crimen, me he creído en la obligación de dibujar los objetos tales como los veía, y de decir con lealtad y franqueza lo que sobre ellos pensaba, sin cuidarme de que fuera grato o ingrato a sus originales. He creído también, y creo, que el conocimiento íntimo de nuestros defectos es el primero e indispensable medio para la reforma, como lo es el de las enfermedades para el que aspira a su remedio. El que nos dice que todo va bien en medio del peligro extremo, o nos aborrece, o especula con nuestra ruina... Sólo es amigo el que dice lealmente la verdad, y la verdad toda entera".

Esta obligación de veracidad llevó a Ramírez en varias ocasiones a salir en defensa de numerosos personajes atacados más por antipatías gratuitas o interesadas que justificadamente. La defensa del padre Las Casas no le hace incurrir en diatribas contra Motolinía, sino que trata de explicar su conducta y posición ideológica diversa para comprender el ataque de que fue víctima el primero. En otros casos examina serena y juiciosamente los cargos que contra determinados personajes se formulaban y con rigor los desbarata. Lamenta Ramírez que sea en la historia moderna en donde más pasión irreflexiva se encuentra, producto de rivalidades y pasioncillas muy personales: "Así es —escribe— como nuestros mismos hombres ilustres, por sus antipatías, no dejan en la historia de su país ni una página, ya no diré brillante, pero ni aun limpia, porque el derecho de represalia exige que uno tilde lo que otro pulimenta".

Y con una visión sumamente clara, fruto de su calidad de jurista y de hombre preocupado por los problemas de la república, advertía que nuestro estado de derecho, en aquella

época convulsionada, de asentamientos y graves desajustes sociales, proclamaba como invulnerables e intocables las garantías individuales, de las que se aprovechaban muchos para medrar y satisfacer sus peculiares intereses, perjudicando a grupos numerosos y aun a toda la sociedad. Recomendaba se tomaran medidas para contener las acciones de los poderosos que, amparados por el lema de la libertad y garantías individuales, iban contra los intereses de la mayoría; y con gran lucidez sugería la primacía de las garantías y los derechos sociales sobre los individuales, al decir: "en las falsas nociones políticas que nos rigen, se entiende que todas las garantías deben ser para los individuos y ninguna para la sociedad, sin advertir que cuando ella se enferma, los otros no pueden estar sanos".

De esta suerte, este hombre polifacético, historiador convertido en político o político con capacidad de reflexión histórica, meditaba como lo hace el auténtico historiador, en el pasado en visión del presente y en el presente como acción que además de pretérita condiciona el mañana.

*José Ignacio Gallegos **

DURANGO, PARTE IMPORTANTÍSIMA del Septentrión novohispano, de aquella amplia provincia denominada de la Nueva Vizcaya, es una de tantas regiones que integran nuestro territorio desde los siglos coloniales. Incorporada a la Nueva España a partir de 1560, su vida, como la de todas las provincias del Norte, fue una vida llena de incidentes en los cuales los esfuerzos pobladores y colonizadores se dieron la mano con la resistencia de numerosos grupos indígenas irreductibles. Labor intensa, continua, llena de actos de heroicidad, de esfuerzos civilizadores, mezclados con depredaciones, in-

* Conferencia pronunciada el 3 de octubre de 1974 en la Universidad de Durango, al conmemorarse el vigésimo quinto aniversario de la aparición de la primera obra histórica de José Ignacio Gallegos.

justicias, crueldades como toda obra humana. Labor incesante en la cual se funden y confunden la acción de la misión, centro de civilización y de progreso, con la de los presidios, lugares de penetración, sitios de defensa militar, puntos de avance del conquistador.

El Norte novohispano fue, como toda Nueva España, pero aun más por encontrarse fuera de los límites culturales y políticos de Mesoamérica, asiento de numerosos pueblos, no todos ellos poseedores de amplia cultura. Dentro del enorme mosaico cultural que el país ofrecía y que tendía a la dispersión por no existir aglutinantes, sino elementos en estadios culturales muy diversos, en organizaciones sociales, políticas y económicas diferentes, con concepciones religiosas y costumbres dispares, la acción colonizadora, aun cuando a menudo diferente por sus integrantes y su forma de ser, portadora de elementos comunes como fueron, con todos sus defectos, economía, política, religión, lengua, cultura en suma, tendió a unir los elementos dispares, a sumarlos a una sola unidad que a partir de entonces comenzó a ser México. No se piense que desconsideramos el valor de las culturas indígenas; por el contrario, éste es inmenso y perdurable; lo que queremos señalar es la existencia de grupos humanos diferentes, aislados, en etapas de evolución desigual que fueron unidos a través de la cultura europea, de la civilización occidental formada a través de la herencia greco-romana y cristiana. Y esto que señalo para México es aplicable a toda la América, principalmente a la América Latina, en la cual los pueblos precolombinos, muy valiosos por su propio y notable desarrollo, no constituían una unidad cultural ni política, sino conglomerados separados, los cuales fusionó la cultura europea. Si ésta destruyó amplios logros de todo tipo que aquellos pueblos habían formado, permitió a través de su impacto integrar a todos ellos en una gran familia. La cultura hispánica significa así lo unificador frente a las tendencias centrífugas, diversas, de los pueblos aborígenes.

Mas no se trata aquí de realizar una interpretación histórica sino la de señalar cómo la Nueva Vizcaya al igual que

otras provincias quedó integrada a partir de la segunda mitad del siglo xvi a la historia mexicana y cómo a partir de aquellos años comenzó a ser objeto de interés historiográfico.

Larga es la serie de testimonios históricos e historiográficos acerca de Durango y todos ellos presentan un valioso caudal por su calidad descriptiva y analítica. Al revisarlos y reflexionar sobre ellos encontramos elementos comunes a los referentes a las regiones septentrionales, pero también componentes peculiares que permiten caracterizar esta zona, definirla y precisarla de otras más o menos cercanas, próximas espacial y temporalmente en su integración a la gran comunidad mexicana.

Personas más capacitadas y conocedoras de la historia de Durango han catalogado y valorado las fuentes históricas, y todas ellas concuerdan en señalar cómo la historia septentrional tiene un singular valor por revelar como ninguna la lucha tenaz, continuada, vigorosa, del hombre frente a la naturaleza, la acción persistente por crear una comunidad con ideales y valores similares, por garantizar para todos sus integrantes una vida en la cual la libertad individual fuera garantía de la independencia común y el orden se estableciera a través de una perfecta convivencia y no de la imposición de un grupo sobre otros. Ese desarrollo bien visto por los historiadores del Norte es el que revela el porqué del carácter enérgico y levantado de sus hombres, el valor en su proceder, su franqueza y templada decisión.

Escribir la historia del Norte de México, ha escrito con entera razón destacado historiador mexicano al prologar un libro de José Ignacio Gallegos, es "hablar de hombres y de cosas de avanzada, de roturación y ventura. Verdadera talla de pioneros tuvieron los que se aventuraron hacia aquellas ariscas regiones que con nada atraían a aquellos heroicos caminantes, a quienes sólo empujaba el amor a su patria o el amor a Dios. Desiertos inmensos, sequedades de angustia, climas agónicos, horizontes sin esperanza. Ése era el cuadro que los encontraba para hundirse en él, soñando solamente

con el futuro; una bonanza creada con el terco empeño de su voluntad y el esfuerzo de sus férreas manos”.

Y esta historia, la de Durango, pues no podríamos reseñar la amplia y notable historia de las Provincias Internas existente, tiene ese singular valor. Sus cultores han sido numerosos y los testimonios que ellos nos han dejado son de indudable importancia, tanto por los aportes que acerca de estas tierras y de sus hombres nos legaron, cuanto por su profunda calidad humana, su capacidad reflexiva, su aspecto formal. Figuras señeras en la historiografía mexicana han sido los historiadores de la Nueva Vizcaya.

Dejando a un lado testimonios de misioneros, soldados y gobernantes que derivan desde el siglo xvi así como también los informes que el siglo dieciocho nos depara con Lafora, Morfi, Rivera, Tamarón y Romeral y otros más cuya enumeración no viene al caso, hay que señalar cómo es a mediados del pasado siglo que se ponen las bases para escribir una historia de Durango. Son las obras de Agustín Escudero y de José Fernando Ramírez las que sirven de cimiento firme y duradero a cuanto después se ha dicho, principalmente la de este último. Ramírez, originario de Parral, Chihuahua, pero avecindado en Durango, en sus *Noticias históricas y estadísticas* deja una obra que ha resistido por su concepción, información y sagaz análisis del devenir duranguense el paso de los años. Haciendo gala de singular capacidad cognoscitiva y reflexiva, Ramírez traza al panorama natural de Durango, sitúa sus hombres y su acción. Poseedor de amplia documentación nacional y extranjera, la existente hasta aquellos años, traza con mano maestra el desarrollo de la sociedad de esta entidad, exalta las figuras próceres, coloniales y nacionales como Francisco de Ibarra y Guadalupe Victoria entre otras, fustiga los errores, analiza con sinceridad las fallas cometidas y deja trozos admirables como aquellos en los cuales penetra en las diferencias sociales y generacionales que ya en su tiempo se producían y que ahora preocupan tanto a nuestros políticos y sociólogos. Advierte problemas profundos como el de la desigual distri-

bución de la tierra y señala cómo Ibarra, capitán nada común, tuvo el alto mérito de pensar en el futuro y tratar de evitar la concentración de la propiedad territorial en pocas manos. Ya Ramírez, quien tuvo a su alcance tantas fuentes, se lamentaba de la dificultad de consultar muchas de ellas por la destrucción, traslado o saqueo que de ellas se había hecho, mal éste que señalarán también los actuales estudiosos del pasado de Durango.

En el presente siglo, valioso puñado de investigadores se interesó por la historia de Nueva Vizcaya. Si algunos extraños a esta entidad como Gerard Decorme, George T. Smisor, Robert H. Barlow y Wigberto Jiménez Moreno han aportado preciosos datos a su historia, otros más, nacidos aquí o avecinados largos años en la entidad, cultivaron con esmero los estudios históricos y enriquecieron la historiografía local con macizos trabajos. Atanasio G. Saravia, quien heredó de su padre, don Enrique Saravia, preciosa biblioteca, numerosos documentos y atinados apuntamientos sobre la historia de Durango, escribió varias e importantes obras acerca de esta provincia, como son sus *Apuntes para la historia de la Nueva Vizcaya*, *Ensayos históricos*, *Los misioneros muertos en el Norte de la Nueva España*, *Viva Madero* y otros más reveladores de su dedicación e interés por su patria chica. Don Atanasio, ligado por estrecha amistad con otro duranguense ilustre, el notable ingeniero y geógrafo Pedro C. Sánchez, publicó bajo los auspicios del Instituto Panamericano de Geografía e Historia algunas de sus obras. El mismo ingeniero y geógrafo Sánchez prohibió también la publicación del *Diccionario geográfico, histórico y biográfico del estado de Durango* preparado por el ilustre ingeniero poblano Pastor Rouaix. Rouaix, asesorado por el profesor Everardo Gámiz, el ingeniero Francisco Allen y don Gilberto Galarza Banda, preparó ese notable *Diccionario* que es orgullo de esta entidad. Después de la obra de Ramírez, ninguna otra había alcanzado el valor y el mérito de ésta realizada por Rouaix y sus colaboradores.

Más tarde, a partir de 1947, cuando se efectuó en esta

capital la vni reunión del Congreso Mexicano de Historia, cuyo recuerdo nos lleva a nuestros años juveniles, un grupo de duranguenses distinguidos, entre quienes se contaba a don Atanasio Saravia, Francisco Castillo Nájera, Pedro C. Sánchez, Alberto Castillo, Pastor Rouaix y José Ignacio Gallegos, decidieron bajo el auspicio de un gobernante amante de la cultura, don José Ramón Valdés, elaborar amplia historia de Durango, que desgraciadamente se malogró en parte. Sin embargo, el esfuerzo de la comisión constituida pudo obtener se editara el *Manual de historia de Durango* que contuvo los trabajos de Rouaix, Decorme y Saravia, que constituye espléndido jalón en la historia de esta entidad. El programa de trabajo de esa comisión, de haberse realizado, hubiera proporcionado a esta entidad una historia modelo dada la calidad de sus integrantes y la ambiciosa e inteligente distribución que tenía.

Al esbozar este panorama, lo he hecho para situar en él la figura y la obra de un hombre que ha sabido continuar la labor de sus predecesores con igual amor, honestidad y ejemplar dedicación. Me refiero al señor licenciado José Ignacio Gallegos, cuya amistad me honra y de cuya obra voy a ocuparme enseguida. Poco he de decir de su vida, que deseo se conserve por largos años para bien de los que lo queremos sinceramente y de la historia. Nacido en Nazas, población que él ha historiado, el 2 de noviembre de 1907, y avecinado desde su tierna infancia en esta ciudad, ha sido testigo de media centuria de vida duranguense, la cual ha registrado deleitosamente y con verdad en su obra literaria, que no por serlo deja de ser histórica. *La casa de la monja*, en la cual traza con sincera llaneza, en un tono melancólico, de enamorado casto, de ingenuo adolescente, no sólo aspectos de su vida íntima y de la de su amada Lucinda, sino de la sociedad de una época, de una colectividad en la que latían valores y sentimientos muy ajenos a los de hoy día. Esa obra, escrita como una confesión franca y desenvuelta, sin recámaras que ocultar, representa un retrato auténtico de todo un momento histórico, un testimonio al que hay que saber arrancar su

valor para con él reconstruir el pasado de una ciudad y de sus hombres. Ojalá que su personaje central, Carlos Gallardo, continúe narrándonos aspectos posteriores de su vida con la misma sencillez y espontánea naturalidad, pero también con la misma veracidad, para poder configurar así mejor la historia social de Durango.

Graduado de abogado el 16 de mayo de 1932, José Ignacio Gallegos tuvo que hacer frente a la vida desempeñando diversos puestos dentro de la judicatura: juez menor de lo civil, juez segundo del ramo penal, magistrado del Supremo Tribunal de Justicia, defensor de oficio, cargos en los cuales ha mostrado su capacidad profesional, honestidad acrisolada e inmensa bondad sin límites por ser esta virtud —ya se lo reconocía don Ángel Guerrero Reyes— una virtud viril y auténtica y no muestra de debilidad ni de pobreza de espíritu.

A la vez que estudiaba los códigos, las leyes y a los tratadistas como Planiol, Bonnacasse, Jiménez de Azúa y a los maestros mexicanos como González de la Vega, Carrancá Trujillo, De la Cueva, Mendieta y Núñez, Fraga y Tena Ramírez, se adentraba día tras día en el campo de las letras. Ésta es la razón por la cual don Ignacio Gallegos prefirió la biblioteca a los juzgados, por la cual le interesaron más las añosas páginas de una vieja crónica que no los autos judiciales. Sin separarse de la vida que transcurre, Gallegos quiso conocer el porqué de ella, las razones por las cuales se revela como es y ese conocimiento sólo la historia se lo pudo dar.

Ya en 1947 lo vemos formar parte de la comisión encargada de elaborar la historia de Durango y desde el año anterior hacerse cargo de la Biblioteca Pública del estado. Más aún, desde 1938, en virtud de sus conocimientos se le encomendó en la Universidad Benito Juárez la cátedra de historia de México y otros cursos más en diversos establecimientos educativos de Durango. Entreverando así la judicatura con el estudio de la historia y su enseñanza, pudo poco

a poco profundizar no sólo en la historia nacional, sino preferentemente en la de su estado.

Para 1950, esto es hace veinticuatro años, publicó su primera obra de investigación histórica, *Apuntes para la historia del Instituto Juárez de Durango*, y dos años después sus *Páginas de la historia de Durango* que merecieron ser apadrinadas por Atanasio Saravia, quien se expresó de él con gran elogio llamándolo "historiador honrado y laborioso entregado con verdadero entusiasmo a buscar la verdad del pasado de Nueva Vizcaya". Tres años después apareció su *Compendio de historia de Durango — 1821-1910*, prologado esta vez por don Vito Alessio Robles. En el proemio de esa obra, el señor Gallegos anunciaba que tenía en preparación el complemento de esa obra, esto es, la correspondiente al *Durango colonial*, que apareció en 1960.

En estas dos obras queda patente el enorme esfuerzo de nuestro historiador por escribir una historia que, a más de contener la información conocida hasta entonces, aportara noticias nuevas y originales. Si bien se advierte que su conocimiento de las fuentes impresas es amplio y seguro, también se observa que la utilización que de ellas hace va siendo cada vez más crítica, más severa. No acepta las opiniones ajenas sin pesarlas, sino que las somete a aguda reflexión, las coteja, compara y valora, lo cual se ve muy bien en algunos capítulos. El manejo de obras como las de Pérez de Ribas, Arlegui, Ramírez, Decorme, Saravia, Smisor, Barlow, Jiménez Moreno, Meechan, Powell, Carlos Hernández, Porras, etc., es en Gallegos fluido y eficaz, mas el mérito principal de él ha consistido en desear aportar mayores luces e información que la que sus antecesores aportaron. Por ello en forma modesta y prolijada por espíritus generosos, pudo realizar investigaciones en los archivos nacionales y extranjeros que le han permitido afianzar y ampliar sus conocimientos y dar a sus obras un valor mayor.

En 1965 publicó dos biografías. *El obispo santo*, consagrada a don José Antonio Laureano López y Zubiria y Escalante, xxiii obispo de Durango, y *Francisco Gómez Palacio*,

patriota y humanista. Dos figuras sobresalientes de su estado, vistas con la misma cordial simpatía y tratadas con la misma honestidad y veracidad. Un eclesiástico notable y un liberal destacado encontraron en la pluma de Gallegos al biógrafo imparcial y justo, al hombre que sin apasionamientos ni banderías da al César lo que le corresponde y a Dios lo que es suyo.

En 1968 publica su relato autobiográfico y en 1969 la *Historia de la Iglesia en Durango*. Poco antes había editado los *Apuntes para la historia de la persecución religiosa en Durango de 1926 a 1929*. Estas dos obras son fruto de sus hondas y sinceras convicciones religiosas y por tanto respetables. No ha ocultado nunca Gallegos cuál es su fe, la cual ha sostenido con vigor y entereza sin importarle ni el acomodaticio conformismo, ni la vergonzante conducta de muchos que no han tenido el mismo valor para confesarla. Enfrentándose muchas veces a las opiniones oficiales u oficiosas, pero con sinceridad indiscutible, con valor viril y sincero convencimiento, ha historiado el desarrollo de la Iglesia en Durango desde los lejanos años de la evangelización hasta nuestros días. A menudo sus opiniones pueden no concordar con lo que los demás pensamos, principalmente en puntos que conciernen a los métodos y las actitudes de algunos eclesiásticos; sin embargo hay que aceptar que en este campo su obra tiene el mérito excepcional de su sinceridad.

Después de estos libros, otros estudios más han ocupado la atención del licenciado Gallegos. Sabemos que prepara una *Historia de la Universidad Juárez de Durango* y principalmente que laboró en una obra que ya no es un compendio de la historia de Durango, sino un trabajo amplio y caudaloso sobre la historia de Durango de 1563 a 1910.

Para este estudio, Gallegos, como decíamos anteriormente, no se conformó con los testimonios que las bibliotecas y archivos locales le brindaron, sino que recurrió a los archivos de la ciudad de México, a los de Guadalajara y a sus bibliotecas principales. En el archivo General de la Nación y en la Biblioteca Nacional lo hemos visto investigar incesante-

mente y cuando agotó sus caudales tuvo que salir a los Estados Unidos, a las instituciones de California y Texas que conservan documentos fundamentales para nuestra historia. Más lejos aún, los archivos europeos, principalmente el de Indias y los de Roma, fueron visitados y utilizados por este infatigable e insaciable trabajador. Ha sido a base de una investigación minuciosa, paciente, realizada con esfuerzo, penurias y un gran amor y vocación histórica, como don José Ignacio Gallegos ha podido reunir el material que le ha servido para elaborar la historia de su estado natal. Esfuerzo digno de mención el suyo, por cuanto lo ha realizado con modestia, sin alardes, callada y pausadamente pero con un gran fervor. Si ferviente creyente es Gallegos, más fervoroso trabajador lo es. En este país, en el cual surgen en cada momento falsas personalidades, famas de membrete aureoladas por mafias y acomodados oficiales, hallar hombres como este duranguense modesto, laborioso, lleno de bondad, honesto y sincero, es difícil.

Su obra es ya amplia y valedera y a más del valor de la honestidad que es su constante, tiene la de ser una obra que construye, positiva por cuanto exalta los valores fundamentales de nuestra cultura. Mencionando dos de sus biografías, encontramos en ellas elementos dignos de señalar. Si en la del obispo López y Zubiría, movido por la admiración que su vida le produjo, llega a dar tintes hagiográficos a su estudio, sin embargo en él relata y justifica la actitud valiente del prelado frente a las disposiciones que contrariaban sus principios e ideales y exalta su conducta que le deparó el castigo de las autoridades. Esa consecuencia con los ideales que Gallegos admira en su biografiado, es la misma que él ha tenido en su vida.

La hermosa biografía consagrada a Francisco Gómez Palacio es también una exaltación de las virtudes cívicas de un hombre ilustrado, patriota, honesto, valiente y bondadoso, de un constructor del sentido cívico, de un defensor de la ley, de las instituciones, de la justicia. Su biografía del gobernante ejemplar, sobrio, recto y pundonoroso; del hombre

sencillo, pulcro, cultivado, fiel a sus principios, es ejemplar por cuanto significa un modelo de vida, un paradigma a la sociedad actual. La apreciación de las cualidades de don Francisco Gómez Palacio, modelo de estadista, de funcionario público, probo e inmaculado que hace Gallegos, resulta acertada y oportuna en una época en la que la deshonestidad de todo tipo, la inconsecuencia entre lo que se pregona y lo que se hace, la venalidad, el ansia desmedida de acumular riquezas, el medro personal, la traición a los amigos y a los ideales, parecen enseñorear nuestra vida pública. ¡Qué clara y definitiva lección la que Gómez Palacio dio a los consejeros oficiosos que no comprendían el mérito indiscutible de su actuar, su proceder acorde con los valores que regían su conciencia y conducta! Las palabras con que respondió a la crítica de sus amigos que le señalaban no era un político realista, como se suele decir en la actualidad, son, por auténticas, por expresar certeramente su pensamiento claro y rectilíneo, muestra contundente de un alma superior, fiel a su propia esencia, a sus valores y sentido de la vida: “¡De niño o de honrado —afirmaba— así como de hacer el bien que está en mi posibilidad, es precisamente de lo que me jacto y es mi orgullo, pésele a quien le pesare!” Tan íntima y profunda convicción que resiste el halago y rechaza cualquier sugestión que trate de variar su yo esencial cuando está seguro que es valedero y positivo y que responde a una escala de valores superior, es respetabilísima, pues surge de un sentido vital que trasciende lo efímero, lo circunstancial, el egoísmo personal y se refleja en una influencia benéfica hacia los demás, la cual rechazando toda posición egoísta hace la propia existencia más valiosa.

Quienes hemos seguido paso a paso su callada y continua labor, nos hemos percatado cómo en cada nuevo libro José Ignacio Gallegos ha ido superándose, cómo su formación histórica se ha ido consolidando y cómo a la vez que forma e informa, deleita con sus páginas. Su constancia y aplicación al trabajo le han permitido que diversas e importantes instituciones nacionales y extranjeras le hayan reci-

bido con honor en su seno. La Academia Americana de Historia Franciscana, con sede en Washington, le ha admitido por sus estudios en torno de la vida colonial; la Academia de Historia y Geografía de México le cuenta entre sus corresponsales más prominentes, y en 1965 el Seminario de Cultura Mexicana le recibió como miembro de su corresponsalía y editó su biografía de Gómez Palacio. Justos galardones ganados por un esfuerzo constante, por una vida consagrada con pasión a la investigación histórica, por una actividad honesta, digna, que nos permite hoy, rendirle homenaje y desearle que los años de vida que le restan, que esperamos sean muchos, los consagre a elaborar la historia más sólida y rica que esta tierra merece.